

y mamá que están en el teatro! ¡aya, aya mía, que vayan al instante á buscarlos!

Sofía se había levantado y estaba sentada y abrazada á Mr. Cottin, como la hiedra al olmo: nada había en aquel extremo lleno de ternura, que ofendiese á la más pura moral: el agradecimiento desbordaba de aquel corazón infantil; la santa alegría del que halla lo que durante largo tiempo ha buscado, brillaba en los ojos de Sofía, que lanzaban rayos de ternura y derramaban esas menudas lágrimas, brillantes como gotas de rocío que salen de los ojos infantiles y que se convierten en gruesas y opacas como las gotas de la tempestad cuando se llega á la edad madura: con la cabeza echada hacia atrás y la frente coronada de rubios rizos y brillando de entusiasmo, Sofía presentaba el más bello ideal del sentimiento y de la gratitud.

Deshizose por fin el amante lazo que sus brazos habían echado al cuello de Mr. Cottin: el dolor fijo en su cabeza creció con la fuerte conmoción que había experimentado, y cayó, lanzando un gemido, en los brazos de Misstris Rawlings, que había acudido á sostenerla.

Augusto besó la pequeña mano de Sofía, que abrasaba, y salió de su casa, dirigiéndose al hotel Inglés y dejando á Mlle. Restaud entregada á los inteligentes cuidados de su aya, seguro de que el reposo aliviaría su dolencia.

## XI

Una aguda fiebre atacó á Sofía aquella misma noche: la jaqueca nerviosa, aumentada con la fuerte conmoción que le produjo la inopinada vista de Augusto, encendieron en su sangre, rica de vida y de fuerza, un fuego devorador: sus padres se situaron á la cabecera de su lecho, y el mismo Augusto sólo iba al hotel á dormir, volviendo al instante al lado de la joven enferma.

Al lado de aquel lecho creció y se robusteció el amor que desde hacía tanto tiempo profesaba á aquella frágil criatura: en sus viajes, en medio de sus diversiones, lo mismo que de sus dolores, la imagen delicada y graciosa de aquella niña se hallaba siempre delante de sus ojos, y más de una vez, al ir á caer en los desórdenes de la orgía y del juego, la imagen de Sofía había venido á libertarle de ellos.

Gustavo llegó á Paris, no bien tuvo noticia de la enfermedad de su prima: casi se alegró de esta dolencia, que justificaba su salida de Burdeos antes de recibir, para verificarlo, las órdenes de su tío: amaba profundamente á la hija de la casta, la noble, la dulce Adela de Blaye, hermana de su

padre y ligada á él con los estrechos lazos de la sangre.

La juventud y la buena constitución de Mlle. Restaud triunfaron de la enfermedad: sus mejillas se vistieron de la dulce palidez de la convalecencia al despojarse del fatídico arrebol de la fiebre: su primera mirada fué para sus padres: la segunda, para Augusto; después dirigió una afectuosa sonrisa á su primo.

El día que se levantó, sus padres la condujeron á un ancho sillón y cada uno se sentó á su lado: Mr. Cottin, de pie, se apoyaba en la meseta de la chimenea, y Gustavo, sentado enfrente del grupo, miraba á unos y á otros con indecible ansiedad, seguro de que allí pasaba alguna cosa grave.

Su corazón se oprimía y le decía claramente que alguna cosa triste iba á pasar en su vida, y que acaso se iba á decidir para siempre de su destino.

—Hija mía, dijo Mr. Restaud, rompiendo el silencio y tomando la mano de Sofía; libre ya del peligro que amenazaba tu vida, convaleciente de la enfermedad que tan amargas horas nos ha hecho pasar, tengo el deber de complacer á nuestro amigo y bienhechor, que me insta para que te hable de un asunto que es para él muy interesante.

Sofía miró á su padre con sorpresa.

—Mr. Cottin quiere casarse; y es á ti á quien desea para esposa, prosiguió el negociante; ni tu ma-

dre ni yo podemos negarle nada; pero antes que toda otra consideración está la de tu dicha: ¿le darías tú contenta tu mano dentro de un año?

—¿Qué te sucede, Gustavo? exclamó Mme. Restaud al ver la palidez de su sobrino; ¿te sientes malo? ¿qué tienes?

—Nada, tía mía... respondió el joven; un vahi-do... un mareo... no es nada; necesito aire y nada más...

Gustavo salió tambaleándose, en tanto que Mr. Cottin le seguía con una mirada de compasión profunda.

—Habla, Sofía, dijo Adela; ¿te casarás contenta dentro de un año con nuestro amigo?

—¿Casarme yo, mamá? ¿á mi edad? exclamó la niña atónita.

—Vas á cumplir catorce años, y te casarás cuando hayas cumplido quince.

—¿Sentiréis hacia mí antipatía, Sofía? preguntó tristemente Mr. Cottin; ¿sería tan desgraciado?

—No, amigo mío, respondió Mlle. Restaud; yo no sé si os quiero con amor; sólo sé que os quiero, y que después de mis padres, sois la persona que me es más cara en este mundo; así, pues, me tendré por dichosa siendo esposa vuestra. Pero ahora recuerdo que hace un año oí decir que os ibais á casar con una joven muy bella y muy rica.

—Deshice aquel casamiento.

—¿Y por qué?

—Porque os amaba desde que os vi.

- ¿Y me dejaréis escribir versos?  
 —Cuantos queráis.  
 —¿Y novelas?  
 —Seguramente.  
 —¡Oh! entonces, no digáis más: me casaré con vos.

—Sois, pues, mi prometida esposa, dijo el banquero, tomando entre las suyas las manos de la niña, y yo el más dichoso de los hombres; no habrá en la tierra criatura más adorada que vos.

Aquella noche, Gustavo, herido de muerte, partió para Burdeos.

Cuando llegó, corrió al cuarto de Teresa.

—¿Sabéis lo que sucede? exclamó, entrando con las facciones desencajadas y los ojos echando fuego; ¡que se casa!

—¿De quién habláis? ¡mirad que no estoy para adivinar logogrifos! exclamó la solterona.

—¡Os digo que Sofía se casa!

—¿Con quién?

—¡Con Mr. Cottin!

—¿Con el banquero?

—¡Con el mismo, que puede ser padre de Sofía!

—¿Conque os la quitan?

—¡Ya lo véis!

—¿Y qué váis á hacer?

—¡Matarme!

—¡Más vale que matéis! dijo sordamente la solterona.

Gustavo la miró con asombro: aquellas dos fa-

tídicas miradas se cruzaron y se comprendieron; todos los buenos instintos que durante algunos meses se habían levantado en el alma de Gustavo, volvieron á hundirse en la noche de sus malas pasiones: todo lo que había en él de noble, de honrado, de fuerte, desapareció de nuevo.

Quedaba la infeliz criatura de naturaleza baja y cruel; el envidioso, el réprobo, en una palabra.

—Escuchad, Gustavo, dijo Teresa Restaud, asiendo con la única mano que tenía libre, y que se asemejaba á una tenaza de hierro, el brazo del joven; vos os asombraréis del odio que se alberga en mi alma; pero ¡ay! no sabéis hasta qué punto he nacido maldita y desgraciada; yo no he contado con otro amor sobre la tierra que el de mi padre, y mi padre murió; mi madre dedicó á mi hermano toda su ternura, y yo era para ella casi indiferente: llegué á columbrar el amor, y fué sólo el soplo de la felicidad que pasó rozando mi frente, porque el amor no llegó hasta mí más que para mostrarme sus resplandores; fui abandonada por aquel hombre, al cual hubiera dado mil vidas que hubiera tenido; por muchos años viví como una pobre pária, desheredada de toda afeción, sola sobre la tierra; y ya cercana á los días de la vejez, volví á amar...

Detuvo aquí la desdichada para tomar aliento: su pecho estaba jadeante y oprimido; su voz era opaca y ronca; un temblor convulsivo la agitaba, y de sus grandes ojos negros, donde parecía ha-

berse refugiado toda su vida, brotaba una llama fatídica.

Gustavo Blaye no rompió el silencio ocasionado por el descanso que Teresa daba á su triste peroración; oía sus palabras como un eco fúnebre, pero monótono, sin comprenderlas: hubiérase dicho que era el toque de una campana de agonía; con la cabeza oculta entre las manos, se hallaba entregado á una desesperación muda y profunda. La solterona prosiguió:

—Como una burla del cielo, el amor apareció de nuevo para mí: llegásteis vos, y yo os dediqué el más ardiente cariño de mi vida; de repente me creí de nuevo joven y bella; la naturaleza entera se vistió de preciosas galas; ví el cielo esplendente, el sol bello y vivificante, la naturaleza cubierta de flores, como lo estaba mi pobre corazón... llevaba yo el cielo en el alma, y lo veía en el mundo... ¡yo os amaba, Gustavo!

El joven no se movió; se hallaba sentado junto á Teresa y sumergido en una desesperación muda y helada; la solterona le sacudió con fuerza el brazo y le dijo:

—¿No me oís?

—Sí, respondió él: os oigo.

—Os he dicho que os amaba... ¡que os amo!

—¿A mí?

—¡A vos! Una noche, hace ya de esto más de un año, entrásteis aquí, en este cuarto: yo pensé que veníais á verme, á hablarme de amor, y mi

corazón palpité como si tuviera quince años... de repente me dijísteis que amábais á mi sobrina... yo caí en una negra desesperación y me enfurecí... os arrojé de mi presencia... os llené de injurias... tres horas después estaba parálitica...

—¡Ved, prosiguió la solterona, ved si tengo motivos para estar desesperada, para aborrecer á toda esta familia...! ¡mi hermano me robó el amor de mi madre...! ¡Adela me ha robado la débil parte de afecto que su marido me dedicaba! ¡Sofía me ha robado vuestro amor...! ¡perezcan todos, pues, y caigamos vos y yo envueltos en las ruinas de esta casa maldita...! ¡llevadme delante de cada uno de ellos! ¡poned un hierro en mi mano, y todos morirán! ¡ahora idos y pensad en vuestra venganza... y en la mía!

Gustavo se levantó; se dirigió á la puerta como si estuviera ebrio, y salió sin pronunciar una palabra.

De cuanto había oído, sólo resonaba en su oído esta palabra:

¡Venganza!